

LUCHO ESPINAL, POR UNA IGLESIA COMPROMETIDA

Innumerables personas se han hallado ante situaciones que les han costado la vida, compartiendo así el destino de aquellos a quienes se dedicaban. No murieron por una idea, sino en solidaridad con los más débiles de la sociedad, explotados, perseguidos, desterrados y masacrados por militares, terratenientes, firmas internacionales, etc. La razón de su martirio no fue una ideología sino el amor a la vida. De ahí que no se deba olvidar el testimonio de hombres como Óscar Romero y de tantos otros, entre ellos el jesuita catalán-boliviano Luis Espinal, quien no se dejó arredrar por los poderosos, manteniéndose fiel a la causa de los pobres aun bajo amenazas de muerte, ya que su retirada hubiera significado dejar sin valor una parte importante de su compromiso.

Luis Espinal - Für eine Kirche, die sich einmischt, Orientierung 69 (2005) 185-188.

La solidaridad de las y los representantes autorizados de la iglesia es la expresión más creíble de la posición política oficial de la iglesia en favor de los empobrecidos. Pero es todavía mucho más. Ludger Weckel escribe, acerca del obispo Oscar Romero: «A aquellos que por la represión, opresión y marginación social cotidianas se les convence una y otra vez que son seres inútiles, por así decir escoria inservible, les había dejado bien claro que son hijos de Dios, hombres importantes, valiosos, dignos de ser amados, por quienes vale la pena comprometerse hasta el fin». Pues la solidaridad de la iglesia es la expresión de la afirmación existencial de Dios como *sí* a la vida de los pe-

queños. Los colaboradores pastorales que se solidarizan con los pobres, robustecen con este gesto la esperanza de quienes se sienten excluidos y superfluos, olvidados de todos. En la solidaridad experimentan que Dios no les ha olvidado.

¿Quién era Luis Espinal?

Con ojos resplandecientes unos jóvenes jesuitas, bolivianos de origen, me explicaban por qué habían ingresado en la Compañía de Jesús. Aparecía a menudo el nombre de *Lucho*, Luis Espinal. Uno me enseñó una fotografía. Debajo se leía una cita suya:

«quien no tiene la valentía de hablar por los hombres, tampoco tiene el derecho de hablar de Dios», adaptada de su libro *Religión*. Otros evocaban, en la historia de su vocación, su testimonio de vida como factor decisivo en su toma de decisión.

Último de cinco hermanos, Luis nació en Sant Fruitós de Bauges, cerca de Manresa (Barcelona), el 4 de febrero de 1932. A los 17 años terminó el bachillerato en Roquetas (Tarragona) e inmediatamente entró en el noviciado de la Compañía, en Veruela (Zaragoza). A algunos de sus compañeros jesuitas les llamaba la atención su seriedad, su gran entrega a la vocación, su servicialidad y su sentido de justicia.

Según su compañero *Víctor Codina*, era más bien reservado y exigente consigo mismo, pero su espíritu crítico tenía un toque de humor. Entre 1953 y 1963 estudió literatura, filosofía y teología. A los 30 años se ordenó sacerdote y en el mismo año 1962 con otros estudiantes fundó la revista *Selecciones de Teología*, dando expresión a la tensión entre la escolástica clásica y la *nouvelle théologie*. La presentación del primer ejemplar comenzaba diciendo: «La Teología, ciencia del ser y vida sobrenaturales, no puede contemplar estática el correr de los tiempos. Cuando el Verbo se hizo Carne, insertó en el devenir histórico y humano una participación viva del ser sobrenatural».

Después de su formación com-

plementaria en periodismo y audiovisuales en Bérgamo (Italia), recibió el encargo de la televisión española (TVE), de hacer un espacio semanal sobre cuestiones religiosas de actualidad, “Cuestión Urgente”, un programa con acuciantes temas socio-políticos, que se convirtió pronto en uno de los programas más vistos de la TVE, ya que trataba temas que la censura franquista solía acallar: criminalidad juvenil, suicidio, superstición, gitanos, asilos de ancianos, presos, alcoholismo, analfabetismo, pena de muerte, emigrantes, enfermos terminales, espiritismo, igualdad de derechos de la mujer, minusválidos, leprosos, monjas, huérfanos, madres solteras, guerra, sacerdotes obreros, drogas, párrocos rurales, familias numerosas, las huellas del turismo. El programa de Espinal tocaba cada semana una “llaga” de la sociedad tomando temas de la vida diaria de personas que luchan por su existencia como punto de partida para cuestiones más profundas, sin limitarse a temas litúrgicos o a las clásicas cuestiones piadosas.

Confrontación con la censura

La ley de prensa del 1938, que prohibía durante la dictadura de Franco cualquier actividad mediática sin la debida autorización, se extendía también a la TVE y no tardó mucho en que sus sesiones fueran tan drásticamente recortadas que renunció al contrato con

TVE y, al ver que en España no podía ejercer su profesión audiovisual, aceptó la oferta de un obispo boliviano que pedía un profesor para la Universidad Católica de La Paz.

Pero igualmente en Bolivia, donde acudió a sus 36 años, tuvo que habérselas con la censura. También allí había trabajado un año para la televisión. Pero, cuando se trató de conceder la palabra a los cabecillas de la guerrilla, le bloquearon la sesión, de modo que se retiró de la televisión boliviana. Aleccionado por la propia experiencia, reflexionó sobre la esencia y estructura de la censura, por una parte sistemáticamente en sus libros de estudio científico de los medios audiovisuales, por otra en los artículos en los periódicos donde escribía. Peor que la censura valoraba él la autocensura, “que es para el periodista una forma intelectual de suicidio y un proceso de autoesterilización. Sus límites son elásticos. Y se hacen cada vez más estrechos cuanto más crece un clima de temor. Cuando uno da un paso atrás, lo dan también todos los demás, para no quedarse solos en primera línea. La censura, con su evidencia y brutalidad, posibilita un testimonio de protesta y oposición, mientras que la autocensura se sitúa a sí misma en la línea de la mentira moral, de la corrupción y de la cobardía. La censura agudiza las contradicciones. La autocensura le da a uno apariencia democrática, cuando en realidad no es más que una dictadura”.

Al distinguir entre censura y autocensura, Espinal tematizaba el clima general de angustia y miedo. Quien se deja llevar por el miedo ante la persecución y la represión, se habitúa a una manera de ver, un modo de pensar y juzgar, incapaz de saltar las barreras prefijadas. Al guardar silencio acerca de temas que le atañen directa o indirectamente y sobre los que uno se siente propiamente urgido a hablar, no hace más que fomentar la atmósfera tabú.

En el contexto de la manipulación

Hasta qué punto estaba el ambiente cargado de miedo y cuánto titubeaban aún los jerarcas de la iglesia y los responsables de las asociaciones eclesásticas, se puede entrever en la amenazante situación creada por agresiones dirigidas a las personas valientes. Que los servicios secretos de los EEUU, en su campaña ideológica, habían descubierto la importancia de la iglesia, es algo que no valía sólo para Bolivia.

El “plan Bánzer” planeado por la CIA, es uno de los ejemplos más explícitos del influjo atribuido a la actitud política y al desarrollo teológico de la iglesia. En él se dice: «1. Sólo debe atacarse el sector progresista de la iglesia, no a ésta en conjunto ni los obispos como grupo [...]. 2. Deben combatirse de modo especial los sacerdotes extranjeros [...] Debe-

mos repetir continuamente [...] que predicán la lucha armada, están en relación con el comunismo internacional y han sido enviados a Bolivia con el único fin de orientar la iglesia hacia el comunismo [...]. 4. La CIA prometió transferir informaciones completas acerca de algunos sacerdotes, en especial los de EEUU. En el plazo de 48 horas ofreció al Ministro del Interior informes exhaustivos de cada uno [...]. La CIA tiene además información sobre sacerdotes y colaboradores eclesiásticos no procedentes de Norteamérica. 5. La remoción del director del servicio secreto, el coronel Arabe, forma parte de este plan, ya que no está dispuesto a atacar directamente a la iglesia. El nuevo jefe, el Mayor Vacaflor, es un tipo duro, de tendencias sádicas y ha participado ya en algunas torturas. Está dispuesto a llevar adelante el plan [...]. 8. No se debe registrar abiertamente las casas de la iglesia o de los religiosos, ni entrar por la fuerza en ellas, pues provocaría una gran indignación entre la gente [...]. 9. Se debe confrontar a la jerarquía con hechos consumados. Si la policía detiene a un sacerdote, debe hacerlo sin alborotos y en público. [...] A los obispos sólo se les debe informar cuando los sacerdotes ya hayan sido deportados [...]. 11. Deben publicarse acusaciones en los medios de comunicación para deponer al obispo *Manrique* y todos aquellos sacerdotes y religiosos que representan el ala progresista de la iglesia. Se debe intimidar decididamente

al periódico católico de la Paz “Presencia”, aunque sólo publique insinuaciones acerca de lo que ocurre».

Estos frentes no eran percibidos tan claramente por los jerarcas eclesiásticos. Se prestaban al juego de las acusaciones contra determinados sacerdotes y religiosos, porque los militares se presentaban como cristianos, como defensores de la cultura cristiana ante la amenaza comunista. Ante esta confusión y frente a la indecisión de las comunidades eclesiales de estar del lado de los perseguidos y los más pobres, Espinal alzó su polémica teológica.

Lo necesariamente incordiante en la teología y la iglesia

Unos días antes del golpe de estado de Bánzer, Espinal escribía: «Respecto a la derecha militar, que se llama cristiana, quede bien claro que Cristo no fue ningún conservador. Por esto murió legalmente, acusado por la sociedad bien intencionada. [...] Un cristiano no cree en una paz fundada en el mantenimiento de un orden injusto. Un cristiano no es un opresor (con armas, paro o burocracia). [...] El cristiano no conserva su vida para sí mismo, agua estancada se pudre. [...] Un cristiano no cree en el dinero, por esto no se le puede comprar. Ni cree tampoco en que un negocio floreciente es una aprobación divina. No es cristiano quien se siente se-

guro, sino quien busca. Tú y yo ¿somos tal vez cristianos?».

Contra todo acercamiento de la iglesia a los responsables de la opresión político-militar, escribe durante la dictadura de Bánzer: «Si la iglesia y los opresores se identifican de tal modo, uno se pregunta qué se ha hecho del evangelio, que fue predicado a los pobres y llevó a Jesucristo a la cruz». De modo especial en un país dominado por dictadores que se dicen cristianos, debe cobrar ánimos la iglesia para su incordiante tarea. Sólo podrá estar a la altura de su dimensión profética si examina críticamente, una y otra vez, sus relaciones diplomáticas y aun las interrumpe, dado el caso.

Espinal se tuvo siempre por miembro de una iglesia enviada por Cristo para predicar el Reino de Dios a los pobres. Tanto el lema citado de *Selecciones de Teología* como el concepto de “Cuestión Urgente” remiten a su convicción fundamental, que la iglesia nunca debe componérselas con sistemas opresores y debe defenderse de cualquier tendencia a la autocensura. Donde toma posición tal vez con mayor claridad respecto a la primera relación, es en su texto “Religión”, donde escribe: «Si la religión fuera algo ajeno al mundo, no habría conflictos entre religión y política. Si la religión sólo hablara de un dios en las nubes, no habría interferencias. Pero el problema salta cuando la religión dice que Dios se ha hecho hom-

bre, irrumpiendo en la historia de la humanidad. Y el problema se agudiza todavía más cuando la religión dice que el hombre es hijo de Dios y no puede ser esclavo de nadie. La religión no puede ser “el opio del pueblo” si los cristianos nos mantenemos fieles a Cristo, quien valora toda injusticia hecha a los hombres como una injusticia hecha a Dios. Por esto la religión no puede permanecer neutral. [...] Muchos desearían que la iglesia fuera una iglesia del silencio. Pero la portadora de la palabra divina no puede enmudecer. Cier to que hay una iglesia del silencio, merecedora de todo nuestro respeto. Es la iglesia mártir de la opresión, que calla porque su boca sangra, al habérsele cortado la lengua. Pero, en este caso, esta iglesia muda sigue hablando, ya que sus mismas llagas son una acusación. Sería en cambio una iglesia enmudecida si callara por temor a perder los últimos restos de sus antiguos privilegios. Es por tanto lógico que la iglesia sea un incordio cuando rompe su tácita alianza con cualquier clase de opresión. De no ser así, demostraría haber perdido su fuerza. La iglesia no puede renunciar a ser un incordio, mientras recuerde que ha sido fundada por un Dios ajusticiado».

Pero Espinal no hablaba sólo de la toma de posición de la jerarquía, sino que urgía a todos los fieles a no quedarse indiferentes ante los derechos de los pobres. Pues «por desgracia hay razones para ser ateo. Los fieles hemos dejado tan en ridículo a Dios, que

resulta difícil creer en Él. [...] En nuestra iglesia ya no hay profetas, sólo hombres prudentes. Y si no hay profetas, la iglesia se dedica a construir edificios y a la burocracia, con escándalo de los fieles. No creemos en el individualismo de algunas personas proféticas, sino que toda la iglesia debe ser profética e incordiante para los señores de este mundo; pues este mundo, que existía para todos, ha sido tomado en propiedad por una minoría».

Contra la desigualdad de mujeres e indígenas

Los países latinoamericanos no están sólo marcados por 513 años de opresión de los pueblos indios, sino también por una mentalidad machista. En sus artículos, editoriales o críticas cinematográficas, Espinal intentaba concienciar de las claras injusticias latentes en tan evidentes problemas. Cuando en diciembre de 1979, campesinos del altiplano, reclamando precios más justos, mejores condiciones de vida, educación y atención médica, bloquearon la carretera entre La Paz y Oruro, los medios les acusaron de vulnerar los derechos humanos al retener en lugares apartados a familias con niños pequeños. Espinal aprovechó esta ocasión para llamar la atención sobre el abandono general de los derechos e intereses de la población rural. Citando la Declaración Universal de los Derechos Humanos, recor-

dó diversos eventos históricos: rebeliones de campesinos que fueron ajusticiados de la manera más atroz, o pueblos masacrados en su totalidad por sus reclamaciones de justicia. Este artículo apareció el mismo diciembre de 1979, medio año después de la retirada de Bánzer y un mes después del sangriento, pero fracasado, golpe de Alberto Natusch Busch. Espinal relacionó los acontecimientos históricos de la historia de la opresión con las todavía no digeridas experiencias del pueblo bajo el dictador Bánzer. Advirtió igualmente de la misma incompreensión por los intereses de la población rural, cuando ésta protestaba por quedar al margen del progreso social: «No estamos en contra de los turistas y peregrinos, a favor de los cuales se ha exigido seguridad, alimentos y atención médica; sino que exigimos que todos estos derechos se compartan con los más de tres millones de campesinos, que fueron y siguen siendo marginados aun por los “civilizados”».

Contra la postergación de la mujer en la sociedad, Espinal escribió textos, que serían actuales también en Europa: «En nuestra sociedad la mujer es todavía una esclava, aunque ligada por cadenas de plata. Toda nuestra sociedad está estructurada según normas masculinas; e incluso cuando una mujer triunfa lo hace sólo por haberse adaptado a ellas. [...] Se la ha convertido en un producto básico de la sociedad de consumo. Se la vende como una cosa

más. Su capacidad erótica se utiliza profusamente en la publicidad. Cuando se la ve en tantos anuncios, uno podría pensar que es la reina, pero su presencia no está más que instrumentalizada, es un señuelo para que los hombres compren algo que nada tiene que ver con ella. Normalmente se la degrada, aun en el cine. Su cuerpo se vende barato a los mirones. La mujer aparece como un halagador animalito erótico. Es el botón de caza que el hombre desea alcanzar y el final de una película suele caracterizarse en que el hombre logra una mujer como trofeo. La moral tiene dos medidas, una para el varón y otra para la mujer. La femenina es más rigurosa. No porque la mujer lo desee, sino porque el varón así lo decide. El hombre se permite sus pequeñas faltas y se las perdona. Pero las pequeñas faltas de la mujer son imperdonables. El mismo trabajo se paga peor si lo realiza una mujer».

Solidaridad existencial

Espinal se había propuesto acabar con la violencia de las estructuras de Bolivia y la inmunidad de las violaciones de los derechos humanos, comprometiéndose a favor de la amnistía de los perseguidos políticos y de una iglesia que se distanciara claramente de la estrategia de los dictadores. No era él solo, se comprometió con periodistas, grupos pro cultura y derechos humanos,

familiares de presos. Participó en un ayuno político, que por poco le cuesta la vida, pero que contribuyó a que, en la primavera del 1978, después de casi siete años de brutal dictadura, se pudiera estructurar una oposición política y Hugo Bánzer tuviera que dimitir. Espinal no pretendió nunca, en su vida y en su lucha por la justicia y el respeto por los pobres, llevar a cabo una mera campaña política. Más bien procedía movido por su convicción y su fe profunda en la benevolencia de Dios hacia los hombres. Su lucha por la proximidad de la gente sencilla, el pueblo, que debía soportar las fatigas de cada día y la carga de la opresión económica y política, estaba bien arraigada en la conciencia de su misión y de la gran pregunta con que se había enfrentado la iglesia católica en el siglo XIX, la llamada cuestión obrera: ¿qué debe hacer la iglesia para poder recuperar la clase obrera, perdida desde la revolución y la irrupción del socialismo?

En 1976 escribe a su hermana María Salud, carmelita descalza: «Vivo en un mundo tan injusto, tan lleno de problemas, que muchos tienen por imposible vivir como cristiano y luchar a la vez por un cambio de situación. Puede ser que ésta sea precisamente mi misión: la mayoría de personas a mi alrededor debe ver en mi vida que Dios existe y que no es ninguna vergüenza ser cristiano».

Pero su deseo de ser un hermano para los pobres estaba an-

clado aún más profundamente. Como religioso había hecho voto de pobreza, castidad y obediencia. En su confrontación existencial, que se manifiesta sobre todo en algunas de sus oraciones, vivió además la experiencia de fe de que Dios le encuentra ante todo en los pobres. De este modo anduvo un camino de progresiva identificación con los marginados y cada vez más dispuesto a aprender de ellos.

Sobre este trasfondo cobra un nuevo aspecto el fenómeno de su timidez, reserva y aun sentimiento de inferioridad frente a los sencillos bolivianos y bolivianas. El mismo describe su trabajo, hasta la experiencia de la huelga de hambre, como una tarea emprendida desde la distancia entre un burgués y los pobres. Ahora bien, en esa huelga de hambre vivió él, por el mismo motivo, casi tres semanas, día y noche, al lado de las familias de los mineros, que luchaban por su vida. Esta experiencia le penetró más profundamente que cualquier otra. Por primera vez en la vida se sintió como «un pequeño burgués intelectual útil al pueblo». Desde 1970 gozaba de la ciudadanía boliviana, pero él sentía que se requería mucho más que papeles para ser de veras uno del pueblo. En su testamento político-espiritual anotó una serie de anécdotas referentes a esta huelga de hambre, que le convertían realmente en un boliviano. La huelga de hambre es ante todo una experiencia de la propia corporeidad. Espinal describe al detalle las

dificultades de los primeros días: la sensación de hambre, dolores de cabeza, cansancio, somnolencia y debilidad, escozor de ojos, dolores en la boca. Y cuando la agudizaron con la huelga de sed, se sumaron otras dolencias: sequedad de garganta y cuello, dificultad de hablar y sensación de sed, que pinchaba como un puñal, desde el pulgar hasta el cerebro.

Espinal fue consciente de que en toda su vida no había pasado nunca hambre de veras. El hambre que atormenta al pueblo a diario y a la fuerza, él la había experimentado como en un laboratorio. Escribe: «Me ha ayudado sin embargo a comprender mejor al pueblo hambriento. El hambre es una experiencia de violencia, que nos permite entender la osadía y la ira de un pueblo. Quien la experimenta por sí mismo, advierte mejor la urgencia de trabajar por la justicia en el mundo».

Mártir contra su voluntad

Gracias a esta mayor sensibilidad, la huelga se convirtió en el mejor curso de responsabilidad política. Escribía: «La huelga de hambre fue para mí una experiencia clave contra la sociedad de consumo. Donde alguien renuncia a algo tan esencial como la comida, todos los demás bienes de consumo resultan superfluos, hasta ridículos. Pues ¿qué significan dinero, posesiones, comodidad, adornos, y hasta ciertas formas de

educación burguesa? Si uno no come, la moda, las apariencias, cuestiones de vanidades, etc., pierden su valor. Así es como se recupera el mayor grado de libertad, pues el consumo nos compra, en el consumo debemos subordinarnos a mil cosas, para poder ganar más y comprar más».

Este proceso de solidaridad progresiva e identificación con el pueblo sencillo, terminó contra su voluntad. En último término, no compartió tan sólo el destino de los más pobres, sino también el de cuantos son secuestrados, torturados o cruelmente asesinados. Participó del mismo destino, precisamente porque él no buscaba el martirio. Quizá sea una ironía del

destino que cuando él ya había sido asesinado (22.3.1980) se encontrara sobre su escritorio un texto inauditamente mordaz contra el martirio: «El país no necesita mártires, sino constructores. No queremos mártires y ¡ojalá! los devocionarios indígenas queden vacíos de ellos. ¿No es el mártir un vago? El no tiene la constancia de vivir para la revolución, por esto quiere morir, con la esperanza de transformarse en una figura de vitrina. Pues el mártir tiene algo de la chulería del torero. [...] El pueblo no tiene en cambio vocación de mártir. Si el pueblo cae en la batalla, lo hace con toda sencillez, cae sin estertor y no espera convertirse en una estatua.»

Tradujo y condensó: RAMON PUIG MASSANA S.J.